

divergencias en el propio gobierno. El propio Giscard llegó a preguntarse en un determinado momento si no le resultaría conveniente jugar la baza de una Argelia francesa. Jacques Isorni llegó a acusarle de haber entablado contactos con la O.A.S. a través de un distinguido miembro de su gabinete, el enigmático B 12, que transmitía a Argel los acuerdos adoptados en los Consejos de Ministros. La acusación no pudo nunca ser probada y el aspirante a la presidencia continuó como ministro de Hacienda hasta enero de 1966, fecha del retorno al gobierno de Michel Debré. Desde entonces, su actitud ante el gaullismo fue de crítica abierta. En 1966 formula públicamente la exigencia de un «gaullismo reflexivo»; destaca el jefe de los republicanos independientes la necesidad de crear una doctrina que sirva para cuando desaparezca De Gaulle. A principios de 1967 —poco antes de las elecciones

presidenciales—, Giscard d'Estaing puso en órbita el slogan «De Gaulle? Oui mais», que provocó el calificativo del General de «petit miserable». En agosto de 1967, a raíz del viaje de De Gaulle a Canadá y de la toma de posición respecto al Oriente Medio, Giscard llega todavía más lejos; ataca «el ejercicio solitario de poder». Desde entonces, el objetivo de sus ataques será Georges Pompidou, otro de los aspirantes a la sucesión del General. Contra él se dirige ahora este hombre que no esconde su etiqueta de liberal y europeo —partidario del ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común— y muy convencido de sus propias posibilidades. La lucha entre los dos será francamente encarnizada. ¿Quién resultará vencedor? Eso forma parte ya de otra historia. Una historia donde la izquierda francesa tiene un importante papel que desempeñar. ■ C. K.

150 ANIVERSARIO

No sólo en los países socialistas, también la prensa occidental conmemora su aniversario. La UNESCO ha convocado un gran encuentro en París, donde desde Raymond Aron a Garaudy, Charles Frankel a Adorno, Marcuse, Levy Strauss, Althusser... enjuiciarán la obra filosófica de Marx, que desde hace años está siendo estudiada por teólogos cristianos como los padres Calvez, Chambré y Bigo, que han dedicado prácticamente la totalidad de su vida intelectual a la exégesis y el análisis crítico de la obra marxiana.



Una familia judía alemana, convertida al cristianismo, tuvo un hijo en mayo de 1818: Karl Marx. Estudiante en Bonn y en Berlín (1835-1841), recibió las doctrinas de Hegel (que tenía cuarenta y ocho años cuando él nació, y que moriría trece años después), principalmente la noción de dialéctica (método de pensamiento que procede por la oposición de términos contrarios: la confrontación de tesis opuestas produce una síntesis que equivale a la solución) que transformaría de idealista en materialista: «Mi método de dialéctica no solamente difiere por la base del método hegeliano, sino que es exactamente lo contrario» (Postfación de «El Capital», segunda edición, 1873). La dialéctica de Hegel —prusiano, estatista, totalitarista— significaba la glorificación de las cosas existentes; en Marx, «la concepción

negativa de las cosas existentes, la inteligencia de su negación total, de su destrucción necesaria» porque «toda forma hecha no es más que una configuración transitoria» y la dialéctica materialista es «esencialmente crítica y revolucionaria». La «síntesis» hegeliana no es una solución, sino que a su vez produce nuevos enfrentamientos dialécticos. «Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diferentes maneras, pero de lo que se trata es de transformarlo» (Marx, «Tesis sobre Feuerbach»). Marx encontró su mejor colaborador en Engels, hijo de industrial, que fue a Londres para estudiar las condiciones de la «revolución industrial» y se preocupó, sobre todo, de las condiciones del trabajo y los trabajadores. Los dos juntos redactaron en Bruselas el «Manifiesto comunista» (1848), dirigido

principalmente a los socialistas alemanes exiliados. Marx se exilió en Londres en 1849 (estaba acusado de alta traición por su participación en los movimientos revolucionarios de Colonia) y allí pasó los últimos treinta y cuatro años de su vida, viviendo en plena pobreza que Engels aliviaba con la pensión que recibía de su padre; sus principales ingresos directos eran los artículos que publicaba en un periódico de Nueva York, y pasaba lo más extenso de su tiempo en la Biblioteca del «British Museum». Su obra fundamental, «El Capital», apareció en 1867; el segundo tomo fue completado por Engels después de la muerte de Marx. El «marxismo leninista», o aportación de Lenin a la obra de Marx, trata de enriquecerla con la realización de la ideología en

un país (Rusia), cuando las bases de su estudio estaban hechas esencialmente sobre la síntesis de tres sociedades industriales (Alemania, Gran Bretaña, Francia). Las últimas derivaciones del marxismo (China, Cuba o la recientísima Checoslovaquia) son consideradas por algunos como nuevos enriquecimientos de la doctrina de Marx; por otros, los más dogmáticos, como «heterodoxias» o desviaciones. La aportación del marxismo no se detiene en los países que lo han adoptado oficialmente; las sociedades capitalistas e industriales se han impregnado de marxismo, se han transformado a sí mismas, para mejorar la condición del asalariado, como en una «autovacuna» que les libre de la lucha de clases.

ECONOMIA ESPAÑOLA

Un diagnóstico que no resultó alarmista

El proceso de desaceleración del crecimiento de la economía española que se había iniciado en 1966, y al que se hizo referencia en el Informe Económico de dicho año —señala el Servicio de Estudios del Banco de Bilbao— ha continuado a lo largo de 1967 con características mucho más acusadas.

El primer resultado que se observa es la desaceleración en el crecimiento de la Renta Nacional, que habiendo aumentado el 7,4 por 100 en 1966 ha visto reducido su ritmo de crecimiento al 3,3 por 100 en 1967. El Producto Nacional Bruto, que había aumentado el 8,1 por 100, lo hizo en el 3,8 por 100 en 1967. Esta misma disminución de la tasa de crecimiento del Producto Nacional se ha debido fundamentalmente a la pérdida de ritmo de crecimiento del producto industrial, que ha descendido al 4,1 por 100. Paralelamente, los Servicios han disminuido también su ritmo de expansión, limitándose su crecimiento al 4 por 100, inferior al obtenido en años anteriores.

La tasa de crecimiento de la Inversión ha sido el fenómeno más acusado de estos últimos años. La Formación interior bruta de capital, que durante los años 1961 a 1966 había crecido a un ritmo anual del 18 por 100, ha descendido en 1967 a un 4,4 por 100 respecto al nivel medio del año anterior. Los índices de crecimiento de la producción e importación de bienes de inversión —publicados por el Servicio de Estudios del Ministerio de Comercio— confirman ampliamente la situación crítica que atraviesa la economía española desde 1967.

INDICE DE PRODUCCIÓN E IMPORTACIÓN DE BIENES DE INVERSIÓN (Tasa de crecimiento en %)

	1966	1967
Inversión total	10,9	1,4
Inversión en bienes de equipo	13,8	0,8
Producción e importación de bienes de inversión	13,4	0,4
Producción de bienes de inversión	10,8	0,7
Importación de bienes de equipo	22,8	-0,6
Producción de bienes de equipo	15,2	-0,9
Producción de bienes de equipo para la industria	23,8	-8,9
Edificación y Construcción	7,8	1,9

Tras la devaluación de la moneda, a finales de 1967, y el Plan de Estabilización, esta situación parece agudizarse considerablemente. Los datos que ofrecen los últimos meses —recesión industrial, decaimiento del ritmo de inversión, paro, expedientes de crisis— son suficientemente significativos. La economía española atraviesa por momentos difíciles. Sólo los que hace unos años fueron infundadamente optimistas pueden mostrarse sorprendidos. Ahora, con más razón que nunca, adquieren plena validez las respuestas de la mayor parte de los economistas a una encuesta de nuestra revista, realizada a finales de 1966 y titulada «Alarma en la economía española». Los que en aquella ocasión nos acusaron de «derrotistas», etc., etc., han encontrado en la evolución de la economía española una contundente respuesta. ■ A. L. M.

RUEDA DE PRENSA Y MANIFESTACION

Casi al mismo tiempo en que el dirigente del N.P.D. —partido neonazi alemán—, Von Thadden, convocaba una conferencia de prensa en el hotel más elegante de Bonn para mostrar su optimismo por el resultado de las recientes elecciones de Baden-Württemberg —y por la marcha general de las actividades de su partido—, la capital federal concentró a treinta mil estudiantes en una marcha de protesta convocada por los dirigentes de la «oposición extraparlamentaria». Mientras Von Thadden exponía a los informadores nacionales y extranjeros el programa del N.P.D. para los meses venideros —en el que está prevista una «jornada nacional» para el día 18—, los jóvenes manifestantes protestaban pacíficamente por el proyecto de ley de Excepción que, en casos de crisis interior o exterior, pondría en manos federales la capacidad de decisión que detentan en la actualidad las tropas aliadas de ocupación. Portando banderas rojas, retratos de Marx y del dirigente estudiantil Rudi Dutschke, los manifestantes expresaban su temor de que, aprobada la ley, el país se viera envuelto en una nueva aventura análoga a la del III Reich. Algunas horas antes, Von Thadden anunciaba que su partido dispone de más de 200 millones de pesetas para hacer frente a las elecciones parlamentarias que, a su juicio, les proporcionará medio centenar de escaños en el próximo Parlamento. Nadie pone en duda que si se cumplen sus previsiones electorales, los dirigentes del partido neonazi serían los más interesados en la promulgación de esa ley que ahora combaten los estudiantes.

LA PELICULA DE LOS 5 OSCAR

«En el calor de la noche»

Al comentar hace varios meses «¡Que vienen los rusos, que vienen los rusos!» me atreví a profetizar que su director, Norman Jewison, seguiría, en lo sucesivo, en esa línea de comedia vagamente crítica, en vista del éxito que la película había tenido en todo el mundo, pese a que una obra suya anterior, «El rey del juego», le acreditaba como un director capacitado para la descripción de determinados climas dramáticos. Sin embargo, a partir de los cinco Oscar que ha cosechado su película «En el calor de la noche», habrá que pensar en el poco fundamento de aquella profecía. Incluso antes del copo de los Oscar, teniendo en cuenta

la aceptación que la película disfrutaba en los Estados Unidos, se pensó en hacer una serie, contando con los mismos personajes.

«En el calor de la noche» —TRIUNFO lo adelantó ya en el reportaje sobre los Oscar, antes de verse la película— es la típica «película-coartada». Ha tenido que producirse un acontecimiento extremadamente trágico, como es el asesinato de Martin Luther King, para que la necesidad de fabricarse una buena conciencia impulsara a premiar esta película y desdeñar la supuesta violencia de «Bonnie and Clyde». El valor crítico del film de Arthur Penn es, en cualquier caso, mucho más



SIDNEY POITIER Y ROD STEIGER

sano, más progresista y, desde luego, bastante más «conciliador» que el humanismo conformista de «En el calor de la noche».

En pocas palabras, la historia es la siguiente: En una ciudad del Sur de los Estados Unidos —Sparta— se comete el asesinato de un hombre influyente. El jefe de policía de la localidad —Rod Steiger— recibe la ocasional —y no deseada— ayuda de un inspector de policía —Sidney Poitier— de raza negra. Frente a la abulia y escaso talento del policía blanco, el inspector negro despliega una actividad e inteligencia notables. En el clima caluroso de esa ciudad racista, en la que la tensión crece por momentos, el funcionario blanco sentirá despertarse su conciencia cívica hasta reconocer la igualdad —incluso la superioridad— de su colega de color. En definitiva, si hay una tesis en la película es que la cuestión racial puede resolverse simplemente con que los negros estudien, trabajen y lleguen a superar mentalmente a sus hermanos blancos. El inspector Tibbs de esta película es un negro cultivado, experto en investigación de homicidios, con vastos conocimientos de botánica, razonador pausado, de exquisitas maneras y de aptitudes de gentleman. Incluso su apos-

tura física contrasta con el aspecto tosco y chabacano del policía blanco, y no digamos con los demás exponentes de la raza dominadora: capitalistas malvados, jóvenes drogados, policías estúpidos y corruptibles, muchachas exhibicionistas...

El inspector negro representa la pureza, la integridad, la inteligencia, el decoro y, en el fondo, la sumisión. Tendrá que esperar a que los representantes de la raza blanca —pese a su grado de degeneración— le reconozcan estas virtudes para que pueda restablecerse la igualdad. Como puede advertirse, el esquema responde a un cierto humanismo paternalista. Hace más de un año, en estas mismas páginas, César Santos Fontenla examinó esta cuestión, refiriéndose a la tendencia en la que se nos mostraba a los hombres de color como si fueran «angelitos negros». Hollywood no ha querido premiar este año con sus prestigiosos Oscar a la pareja formada por Bonnie y Clyde, representativa del estado de rebeldía latente en la juventud norteamericana. Ha preferido apaciguar los ánimos, otorgando cinco estatuillas a la película que incita a los negros a que se formen intelectualmente para ser aceptados en una sociedad regida por los blancos. ■ J. G. D.

DEPORTE, CIRCO, TEATRO

La escena ha perdido su capacidad de congregación

Brecht, en 1926, se preguntaba la razón de que se llenasen los estadios deportivos al tiempo que los teatros permanecían semivacíos. Su artículo empezaba así: «Nuestras esperanzas están en el público de los espectáculos deportivos. ¿Para qué disimular que nuestras miradas se dirigen hacia esas inmensas marmitas de cemento que llena el público más espabilado y "fair-play" del mundo: quince mil personas salidas de todas las clases sociales y procedentes de todos los horizontes? Esas quince mil personas que pagan un alto precio por sus localidades a pesar de que no siempre disponen de mucho dinero, constituyen la más sana armonía entre la oferta y la demanda... Ante esto: espectadores, hombres convenientemente entrenados, emplean las fuerzas que les son propias y del modo que les resulta más agradable; con una idea clara de su responsabilidad, pero dando siempre la impresión de que actúan por puro placer».

El artículo es bastante discutible, incluso desde la ideología general brechtiana. El carácter alienante que, en muchos casos, puede tener la «pasión» deportiva es obvio; como lo es también ese oscuro «transfer» por el cual el individuo anónimo y doblegado se siente «realizado» a través de las hazañas deportivas de sus ídolos. Somos todos los que «ganamos» a Suecia o «luchamos» contra Inglaterra. Tras lo cual, el baile de cada día puede continuar.

Sin embargo, eliminado este factor, y dejando también a un lado la posible belleza y aun ejemplaridad de ciertas contiendas deportivas, queda en pie un dato fundamental: esa armonía entre lo que se ofrece y lo que se pide de que hablaba Brecht. Esa presencia de espectadores de diverso orden social que, superando los argumentos que hacen del teatro una manifestación impopular —precios, horario de las funciones, emplazamiento de los locales, medios de transporte hasta esos emplazamientos, etc.— acuden a la cita. ¿Cómo no reflexionar ante este hecho si nos planteamos cómo debería ser un auténtico teatro popular y cuáles sus relaciones con el espectador?

Hay otro ejemplo quizá más próximo al teatro. Me refiero al circo, que moviliza diariamente a miles de personas de todas las clases sociales. De nuevo, los altos precios, el horario

—que coincide prácticamente con el teatral—, el emplazamiento, las dificultades de transporte... y las largas colas y los graderíos repletos. ¿Por qué? Sus espectáculos son más o menos análogos. El riesgo económico que entrañan supera al de las más costosas producciones teatrales. Y, sin embargo, allá van, de un lugar para otro, las nutridas caravanas circenses. Quinientas ochenta personas. Elefantes, tigres, leopardos, caballos, perros, palomas, chimpancés, etc., etc. Y un negocio que exige recaudar ¡trescientas mil pesetas diarias!

Viendo esto y considerando otras épocas del teatro, uno advierte hasta qué punto la escena contemporánea ha perdido su capacidad de congregación. Hasta qué extremos se ha vinculado a una clase social, ligándose a sus tedios y necesidades de consolación.

Idea clara de su responsabilidad, pero dando siempre la impresión de que actúan por puro placer, dice Brecht hablando de los deportistas. Otro tanto cabría decir de los artistas de circo. Pasión por el trabajo. Ganas de multiplicar el riesgo. De hacerlo más difícil todavía. De conseguir un nuevo record... En cambio, en el teatro, ¿no es cierto que domina lo rutinario, el aburrimiento? Cuando un jugador de fútbol, aunque esté en forma física, pierde «afición», su carrera ha terminado. Si él se aburre es seguro que aburrirá a sus espectadores. En cambio, en el muy noble y culto teatro, ¿cuántas y cuántas veces se aburre el actor! ¿Cuántas y cuántas veces sustituye con una mueca y un insostenible fingimiento su radical falta de curiosidad e interés profesional!

Por eso, tal vez, al margen de las circunstancias sociopolíticas de la edad contemporánea, aún no existe —ni al Este ni al Oeste— un auténtico Teatro del Proletariado. Existe, eso sí, un teatro progresista y otro reaccionario. Pero el secreto que permite reunir a las grandes masas está escondido en los estadios y en las pistas de los circos.

Los críticos hacemos erudición teatral. Los espectadores, unos cuantos, se endomingan para celebrar su día de teatro. Pero en muchas salas no habrá función a la hora de España-Inglaterra. Y, probablemente, entre todos los teatros de comedia no sumarán lo que los dos grandes circos recién llegados a Madrid. ■ J. M.

